

JULIANO EL PIADOSO



Para Félix de Azúa

FERNANDO SAVATER

LOS cristianos destruyeron las estelas, borraron su nombre de los monumentos, arrancaron las piedras miliarenses que le recordaban; contaron su historia de forma embrollada, le confundieron con monstruos pasados o con los atroces atributos de

su Demonio; mintieron sobre su vida y sobre su muerte, sobre su porte y sobre sus palabras: le llamaron —a él, al más desesperadamente piadoso de sus contemporáneos— «apóstata». En vano. Ellos, que prevalecieron y triunfaron en toda la

línea, no han logrado arrebatarle pese a toda la fuerza de su resentimiento esa postrera y pálida victoria: la fama que más allá de los siglos hace brillar su nombre de héroe caído. Porque Juliano fue héroe, tal como en vida le vieron siempre sus fieles galos, aquellos feroces Petulantes que le amaban ciegamente, aquel hosco y ejemplar Nevitta, al que elevó al consulado con escándalo de los «civilizados»; y Juliano fue también santo, como se atrevió a llamarle Eunapio poco después de su muerte, en un libro escrito en pleno imperio de los galileos; y Juliano fue mártir, como supieron quienes le rodeaban en Antioquía, cuando bregaba por los dioses entre prostitutas y curiosos, cubierto por la sangre de las víctimas que finalmente se confundió con la suya en el yermo altar del desierto persa. Héroe, santo y mártir: ¡hasta en esto su vida es réplica y cumplimiento del ideal cristiano que combatió! Condenado hasta la más innoble execración por los apologetas galileos, él tuvo sus propios e ilustres hagiógrafos: Eunapio, Ammiano Marcelino, Lorenzo de Médicis, Montaigne, Voltaire, los románticos alemanes (que le llamaron «el romántico en el trono»), Alfred de Vigny... La más reciente modernidad le ha sido particularmente propicia: Enrique Ibsen le dedicó un denso y angustioso drama en diez actos, «Emperador y Galileo»; Dymytry Merejowsky una coloreada novela, «La muerte de los dioses»; Cavafis, algunos poemas memorables. El «Julian» de Gore Vidal es una reconstrucción histórica novelesca que Robert Graves no hubiese considerado indigna. Y podríamos citar una extensa bibliografía

de trabajos «científicos», digamos, para entendernos y distinguirlos de las obras de arte antes citadas: Allard, Bidez, Ricciotti... Los ecos del horrorizado estruendo que su nombre suscitó entre los cristianos, de la fulminada esperanza que representó para los politeístas, perduran todavía en estos días en que unos y otros han muerto, dejando una progenie confusa. Derribaron las estelas, borraron su nombre... Pero los persas, que le temieron, le representaron como un león rampante en cuyas fauces flameaba un rayo, bajo el cual escribieron simplemente: Juliano.



JULIANO ERA SOBRINO DEL EMPERADOR CONSTANTINO, CUYA AMBICION LE LLEVO A EDIFICAR UN GRAN IMPERIO DE RIGIDA Y COMPLEJA MAQUINARIA. PESE A MORIR «EN OLOR DE SANTIDAD», CONSTANTINO —AL QUE VEMOS EN EL GRABADO— FUE UN DESPOTA QUE MATO A SU ESPOSA Y A UNO DE SUS HIJOS.

I. EL PRINCIPE ESTU- DIANTE

Juliano era hijo de un hermano del emperador Constantino, Julio Constancio, y de la cristiana Basilina. La vida de su padre no había sido fácil; efectivamente, el padre de Julio Constancio, Constancio Cloro, había tenido a sus siete hijos de dos mujeres diferentes: Constantino era un bastardo de Elena, antigua mesonera elevada por el concubinato, que luego fue abandonada por la legítima Teodora, madre de Julio Constancio, Hannibaliano y el resto de la descendencia. Pero fue Constantino quien llegó a Emperador y la postergada Elena se vió convertida en reina madre, «nobilissima femina», Augusta y, tras su muerte, santa. La rencorosa mesonera coronada no olvidó las humillaciones que había sufrido y persiguió con su hostilidad a los hijos de su rival Teodora. Julio Constancio, como sus hermanos, llevó una vida errante, rodeado de intrigas y sospechas, celosamente alejado de todo lo que pudiera poco o mucho propiciar el poder. Se entretuvo practicando las letras y ejercitando su discreto talento para la controversia. Su erudito y ocioso vagabundeo le llevó a recorrer casi todo el Imperio; su hijo Juliano nació en Constantinopla, a finales del año 331, en aquel Cuerno de Oro de ricos palacios y suntuosos templos. La noche antes de parirle, Basilina soñó que alumbraba a Aquiles. Durante sus seis primeros años, Juliano fue educado por el eunuco escita Mardonio, por cuya persona sintió siempre auténtica veneración, como revelan menciones hechas sobre él en sus cartas muchos años después. Fue una niñez tranquila, pues los asuntos familiares parecían haberse serenado un tanto. Llegada a la cumbre de su poderío e influencia, pues incluso se habían acuñado monedas de oro con su efigie, Elena se hizo más tole-

rante con la progeñe de Teodora. Constantino colocó en puestos de gran responsabilidad a sus hermanos y la amplia familia de los Flavios pareció instalarse en la armonía. Pero ésta no debía durar mucho. Tras una paz de cuarenta años, los persas volvían a amenazar el Imperio. Sapor II reclamó altivamente las conquistas en el Tigris de Diocleciano y Constantino se armó para ir contra él. No estaba destinado a enfrentarse: en su camino hacia Oriente, en Acyron, cerca de Nicomedia, la muerte sorprendió al «**totius orbis imperator**», concediéndole tan sólo tiempo para bautizarse. El arzobispo Eusebio de Nicomedia, que le asistió en ese último trance, quizá escuchó las últimas disposiciones sucesorias de Constantino. Si es así, decidió guardarlas en secreto. Era el año 337: tras unos interminables funerales, que duraron meses, Constantino fue enterrado. Sus tres hijos, Constante, Constancio y Constantino II fueron proclamados Augustos y se repartieron el Imperio.

El gran imperio que la ambición de Constantino había unificado era una maquinaria compleja y rígida. Un hierático ceremonial regía una Corte en la que el Emperador era tratado con honores divinos; el Imperio se dividía en cuatro prefecturas, subdivididas en catorce diócesis y ciento diecisiete provincias; Roma y Constantinopla (antigua Bizancio) se convierten en los dos polos de la administración, desempeñada por una inacabable burocracia de títulos no exentos de pinto-resquismo: v. gr., el Ministro de Finanzas se llamaba «Conde de las sagradas liberalidades» (**Comes sacrarum largitionum**). Tras esta estructura puntillosa, que abarca desde España hasta Siria, amenazada por germanos, hunos y persas, se agitan incontables ambiciones sanguinarias. El mismo Constantino, que murió «en olor de santi-

dad», tuvo a bien liquidar a Martiniano, Licinio, un adolescente hijo de éste, a su propio hijo Crispo y después a su esposa Fausta, convenientemente asfixiada en un baño caliente. No es de extrañar que la posteridad de este déspota fuera pródiga en crímenes. De los tres hijos de Constantino pronto se destacó Constancio como el nuevo «hombre fuerte». En primer término, hizo correr entre la soldadesca, muy adicta al difunto emperador, el rumor de que Constantino había sido envenenado por sus hermanos. Esto provocó diversos desmanes sanguinarios, en los que perecieron tíos y primos de Juliano; finalmente, le llegó la hora al inocuo y borroso Julio Constancio, cuyo único error político fue ser hijo de su madre y no estar a la cruel altura de las intrigas familiares. De los tres hijos de Julio Constancio, el mayor pereció con su padre; el segundo, Galo, se salvó porque estaba enfermo, lo que sorprendentemente detuvo a los asesinos; a Juliano le protegió su edad: no tenía más que seis años. Fueron suficientes, sin embargo, para darse perfecta cuenta de la matanza, cuyo recuerdo jamás se le borraría. «Ese día —cuenta muchos años más tarde— *todo fue carnicería: por intervención divina* —como para los hijos de Edipo— *la maldición trágica se cumplió y el patrimonio de mis mayores fue dividido por el filo del acero*».

Juliano es enviado a Nicomedia, donde es puesto bajo la tutela del arzobispo Eusebio, el que ayudó a bien morir a Constantino, y en manos de su viejo pedagogo Mardonio. La educación que recibe es, por supuesto, sólidamente cristiana; pero Mardonio, que es un enamorado del helenismo, le hace empaparse desde la niñez misma en las bellezas de las letras griegas. Repime la lógica tendencia del niño a los juegos propios de su edad, haciéndole preferir las silenciosas bellezas de la literatu-



AUNQUE LA DETENIDA CONTEMPLACION DE SU VIDA LLEVE A CALIFICAR HOY A JULIANO MAS COMO «PIADOSO» QUE COMO «APOSTATA», EL HECHO ES QUE LOS CRISTIANOS DE SU SIGLO VIERON EN EL UN ENEMIGO MORTAL. DE AHI QUE DESTRUYERAN SUS RETRATOS Y ESCULTURAS, A EXCEPCION DE LA QUE FIGURA SOBRE ESTAS LINEAS.

ra: «¿Quieres ver carreras de caballos? —me decía Mardonio—: las hay en Homero muy bien representadas. Toma el libro y lee. ¿Te hablan de bailarines y pantomimas? Déjales: la juventud feacia tiene danzas más viriles. Allí tienes a Femio el tañedor de citara y al cantor Demódoco. Encontrarás árboles mucho más hermosos que todo lo que puedas ver: Un día —dijo Ulises a Nausicaa— vi en Delos,

cerca del altar de Apolo, cómo se erguía un joven tallo de palmera, semejante a ti por su gracia».

En este aura de exaltado helenismo, entre nostálgico y libresco, se educa Juliano. Su hermano Galo, media docena de años mayor que él, no compartía estas aficiones literarias y se entregaba con exclusivo celo a los deportes corporales. Se ha dicho que entre los dos hermanos había tanta diferencia «como en-

tre Tito y Domiciano». El uno apasionado por la mitología, la *retórica, las bellezas* de la antigua cultura homérica; y Galo dedicado sin reservas a la equitación, la lucha y la caza. Juliano también pone aplicación en el estudio de los teólogos cristianos, que en aquella época se desgarraban entre sí en plena exaltación polémica... y que frecuentemente pasaban de las palabras a los hechos. Ningún emperador romano odió y persiguió tanto a los cristianos como ellos mismos llegaron a combatirse entre sí. Inventores de la **persecución ideológica**, la ensayaban consigo mismos en espera de poder extenderla a los demás. Pero no sólo consigo mismos: en cuanto consiguieron la libertad y el poder, se dedicaron a prácticas que el historiador Bizet describe así: «Lejos de apaciguarse en la satisfacción de una libertad finalmente conquistada, los cristianos la usaron para abolir los cultos a los que el Imperio había debido durante tanto tiempo la firmeza de su defensa. Desalojaban, saqueaban o arruinaban los templos; ridiculizaban los emblemas y los tesoros sagrados de los dioses en exhibiciones profanadoras; reducían al silencio las voces de los oráculos enterrando cerca de los bosques sagrados o de las fuentes parlantes los huesos de sus mártires; cerraban los teatros, anatematizaban los juegos...». A nivel de disputas intestinas, los cristianos se dividían en numerosas sectas, pero la principal división era entre arrianos y atanasianos, acerca de la exacta Naturaleza del Hijo; Cristo: unos sostenían que era de naturaleza semejante al Padre, otros que de la misma naturaleza. Dada la dificultad práctica para zanjar la cuestión, la disputa se prolongaba inacabablemente. Atanasio, de quien se sospechaba que había envenenado a Arrio, impuso su criterio en el Concilio de Nicea; pero desdichadamente para él, tanto Constantino como

sus descendientes eran arrianos, lo que no contribuyó a hacerle la vida fácil. En todo caso, el más perceptible resultado de esta contienda teológica eran los apedreamentos, puñaladas etc... con que ambos bandos exteriorizaban su discrepancia. Juliano en aquella época debió recibir enérgica formación arriana y aquí tuvo su primer contacto con la mezcla de sutileza e intolerancia que caracterizaba a los galileos.

Entre tanto, Constancio se había visto libre por medios más o menos naturales de sus dos hermanos y de varios usurpadores con poca fortuna: ya era «totius orbis imperator». Su mirada recelosa buscaba conspiraciones por todas partes y se dirigió con peligrosa atención hacia sus dos sobrinos. Le preocupaban fundamentalmente dos aspectos de su formación: que fuesen buenos cristianos arrianos y que —esto era lo principal— no tuviesen ni ambición por el trono ni posibilidad de organizar un complot para conseguirlo. Después de verles personalmente, quedó satisfecho de la educación recibida. En lo tocante a la religión, Juliano incluso había recibido las órdenes menores y era lector en la Iglesia de Macellum. En lo tocante a la ambición, a Juliano sólo se le veía interesado en el estudio de la filosofía. Las miras de Galo eran menos sublimes, pero Constancio decidió utilizarlas en su servicio: le nombró César de Oriente. El título de César, entre los Flavios, no equivalía al de emperador —Augusto— sino que designaba a una especie de virrey plenipotenciario con derechos

sucesorios al título de Augusto. Para reforzar esta alianza familiar, Constancio casó a su hermana Constancia con Galo. A Juliano, para mantenerle fuera de la política, se le permitió ir a estudiar a Constantinopla, Pérgamo y a cualquier otro lugar que interesase a su inquietud filosófica. Se le pusieron determinadas cortapisas: por ejemplo, no debía asistir a las lecciones del célebre retórico Libanio, cuyo activo paganismo y superiores dotes se consideraban peligrosas para la fe del príncipe.

El estilo de enseñanza filosófica de la época ha sido descrito con más riqueza anecdótica que pro-

fundidad conceptual por Eunapio en sus «Vidas de filósofos y sofistas». En el siglo IV, el predominio cultural de Roma estaba seriamente eclipsado. El irresistible renacer del helenismo hacía que las personas cultas se expresasen exclusivamente en griego, desconociendo o menospreciando el latín. Este renacimiento helénico fue una especie de «mejoría de la muerte» de la tradición clásica, a punto de ser definitivamente desplazada por la pujanza cristiana. Los esbozos de los retóricos que nos legó Eunapio muestran a oradores hábiles, de pensamiento formulario, repetitivo de los antiguos modelos y de escasa pro-



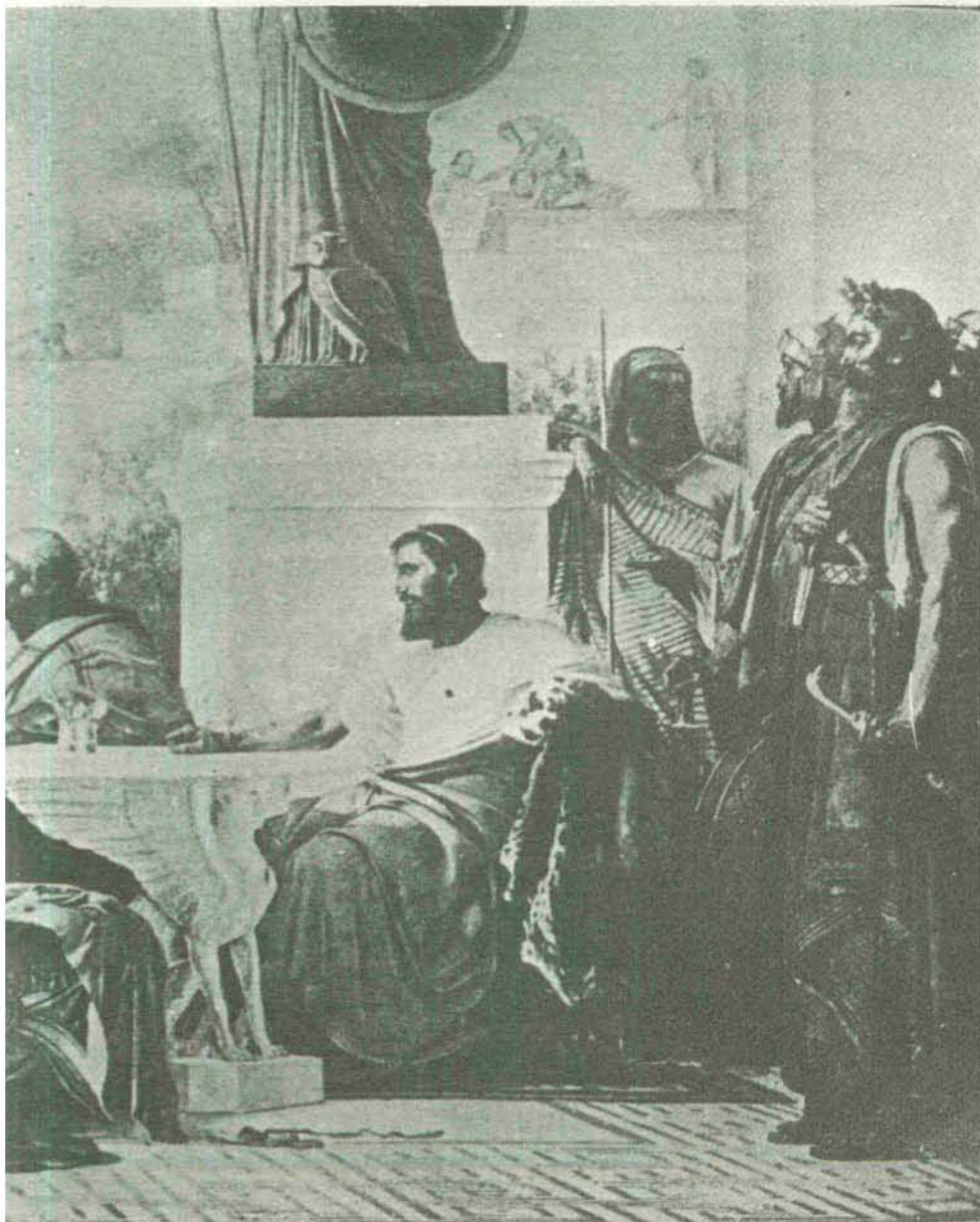
ANTES DE PASAR A OCUPAR CARGOS POLÍTICOS, JULIANO FUE UN ATENTO ESTUDIANTE DE FILOSOFÍA, LO MISMO EN CONSTANTINOPLA QUE EN ATENAS. POR ELLO, EL PINTOR INGLÉS EDWARD ARMITAGE LE REPRESENTÓ DE ESTA MANERA, RODEADO DE FILOSOFOS QUE DISCUTEN EN SU PRESENCIA. LA FORMACIÓN INTELECTUAL DE JULIANO DECIDIÓ SU TOTAL Y ENERGICO APOYO AL POLITEISMO.

fundidad. Su preocupación por acumular estudiantes y conservarlos daba lugar a pugnas pintorescas pero no siempre edificantes. El estilo era rebuscado, manierista, servil al arcaísmo y, a veces, de una extraña y conmovedora gracia. Ya sé que la palabra «decadencia» es la que mejor resume todas estas notas. Junto a la presencia de los antiguos modelos griegos, se daba una fuerte influencia asiática, presente sobre todo en el interés por todo tipo de taumaturgos, visionarios y adivinos. Para ser «sublime», la filosofía debía ser esotérica y mágica: se medía la importancia de un sabio por los portentos que era capaz de

llevar a cabo —mentalidad, por cierto, no tan alejada como parece del cientifismo de hoy mismo—. La filosofía más influyente era el neoplatonismo; Plotino había desplazado en buena medida a Platón y Porfirio, autor de un sólido libro «Contra los cristianos» había dejado numerosos discípulos, encargados de extender sus doctrinas. El neoplatonismo ortodoxo tendía a una mitología abstracta, despojada de antropomorfismos, y era francamente contrario a los excesos taumatúrgicos: en su «Carta a Anebo», Porfirio critica de un modo muy racionalista los fraudes mágicos de los Misterios que se celebraban en Egipto. Sin

embargo, el filósofo más influyente de la época de Juliano (murió durante el reinado de Constantino, un año antes de que aquel naciera), Jámblico, era decidido partidario de la teurgia y su obra «Los Misterios de Egipto» puede considerarse una respuesta a la «Carta a Anebo». A través de algunos de sus principales discípulos, como Máximo de Efeso, Jámblico fue el filósofo que más determinó el pensamiento de Juliano.

El príncipe estudiante visitó con asiduidad a muchos de los principales sofistas de la época. Tenía alrededor de veinte años, una devoradora avidez como lector y fuertes inclinaciones místicas. Sencillamente trajeado, sin nada que revelase su dignidad principesca, asistía a las clases como un estudiante más. Se había dejado una barbita corta de sofista griego, que luego sería su más célebre rasgo distintivo. Los espías de Constancio no cesaban de vigilar sus pasos. Ya por entonces su cristianismo debía ser puramente externo; habría sido peligroso, sin embargo, demostrar este alejamiento demasiado a las claras. Su sencillez y los rumores que corrían sobre la tiránica administración de Galo le estaban ganando una popularidad entre el pueblo que podía convertirle en amenaza a los ojos de Constancio. Sin embargo, encuentra expedientes para burlar la inquisición a que se le somete: en Nicomedia, por unas cuantas monedas, consigue diariamente las clases de Libanio, a las que se le prohibía asistir, en apuntes de uno de sus asiduos oyentes. En Pérgamo estudia con Crisanto, con Eusebio... Este último, enemigo de la teurgia y propugnador de una liberación obtenida tan sólo por el razonamiento filosófico, acaba un día su clase con una diatriba contra el mago Máximo de Efeso, discípulo de Jámblico, que hace hablar a las estatuas de los dioses y provoca





MAXIMO DE EFESO —EL MAS CELEBRE DE LOS DISCIPULOS DE JAMBlico— INICIO A JULIANO EN LOS MISTERIOS DE MITRA (DIVINIDAD SOLAR IRANI), CELEBRADOS EN CRIPTAS SUBTERRANEAS, BAJO LA SANGRE DEL TORO SACRIFICADO. MITRA, PRESENTE EN ESTE GRABADO Y EQUIVALENTE DE HELIOS, ERA EL FONDO GENERAL Y SUPERIOR DE TODAS LAS DIVINIDADES.

extrañas apariciones. Juliano se levanta y le dice: «*Sigue curvado sobre tus libros: me has revelado al hombre que buscaba*». Y partió hacia Efeso. Máximo era el más célebre de los discípulos de Jámblico; adivino, conjurador, de imponente presencia y túnica recamada de símbolos caldeos, marcaba quizá el punto de alejamiento máximo del helenismo hacia Oriente. El mismo Eunapio dice que era «más mago que filósofo». ¿Cayó Juliano en manos de un simple charlatán? Recordemos que Juliano, pese a su admiración por él, no es Marco Aurelio: no sólo quiere alcanzar un equilibrio personal ecuánime y austero, sino que aspira a convertirse en cabeza de un vasto movimiento religioso. Para reimplantar el culto de los dioses muchos hay que derrotar al cristianismo no sólo en el terreno ético, mostrando que un pagano puede ser tan sobrio y caritativo como un galileo, sino también en el del poder de manifestación de

lo sagrado. Ya no basta con la piedad y el respeto a la tradición; ha sonado la hora en que los viejos dioses deben enfrentarse con el Abstracto Señor en su propio campo; el milagro, la profecía, el oportuno rayo fulminante, la aparición definitiva. Máximo es el hombre capaz de hacer que los dioses condesciendan a luchar a golpe de portento. El sufragio popular siempre está del lado del dios más milagroso. Máximo inicia a Juliano en los misterios de Mitra, celebrados en criptas subterráneas, bajo la sangre del toro sacrificado; en las ocultas ceremonias de Hécate, entre vapores sulfurosos y signos que sólo el iniciado puede interpretar sin pavor. Juliano se entrega al culto a Helios, el Sol, que fue llamado Apolo y Mitra, fondo general y superior de todas las divinidades; de él parten las infinitas manifestaciones de los diversos dioses y a él llega, en el momento cumbre de la iniciación, el alma del iniciado.

La divinidad es una, los dioses son muchos: este es el centro mismo del pensamiento politeísta. Helios dispensa una plenitud pluriforme, respetuosa de las diferencias y mantenedora de la infinitud y eternidad esenciales de lo divino. Todos los antiguos dioses cobran su más perfecto sentido en este sincretismo mitológico que Juliano tomó de Jámblico, a través de Máximo.

De estas iniciaciones sacó Juliano su posterior energía para afrontar sus avatares venideros. Pero estas idas y venidas místicas terminaron por despertar desconfianza y escándalo; Juliano fue llamado al orden y debió someterse, pues su momento no había llegado todavía. Así lo cuenta Cavafis:

«Cosas arriesgadas y sin designio.
Alabar los ideales de los griegos.
Los milagros y las visitas a los templos

*paganos. El entusiasmo por los
[viejos dioses.
Las frecuentes conversaciones
[con Crisanto.
Las teorías de Máximo, el filósofo
[fo —inteligentes, sin duda.*

*Y he aquí el resultado. Galo ma-
[nifiesta una gran
inquietud. Constancio abraza
[sospechas.
Ah, sus consejeros no eran na-
[da sabios.
Esta historia —dice Mardonio—
ha ido demasiado lejos,
y su escándalo debe cesar a
[toda costa.
Juliano vuelve una vez más co-
[mo lector
a la iglesia de Nicomedia,
donde, en alta voz y con pro-
[funda unción,
lee las Sagradas Escrituras,
y el pueblo admira su piedad
[cristiana».*

Pero la situación tuvo un giro inesperado. La gestión de Galo en Antioquía había despertado serias protestas por su crueldad e ineficacia. De hecho, el César se portaba tan mal que casi parecía un traidor. Muchas voces se alzan contra él: Constancio le llama a su corte de Milán y le manda ejecutar. También Juliano es llamado a Milán y todo hace suponer que su suerte no va a ser muy distinta de la de Galo. Pero interviene la Emperatriz Eusebia, mujer de Constancio, que tenía sobre éste inmensa ascendencia: recuerda al Augusto que Juliano es el último Flavio, pues ellos no tienen hijos. Quizá el día de mañana su vida sea necesaria para impedir la guerra civil y el desmembramiento del Imperio. Además, Juliano no se mete en política, es un filósofo, de carácter y gustos diferentes y aún opuestos a los de Galo. Su mayor ilusión es ir al centro universal del pensamiento heleno: Atenas. Y Eusebia consigue que Juliano sea enviado a Atenas.

Cuando Juliano llegó a Atenas tenía veinticuatro años. No había lugar en el mundo más importante para él; tal como dijo su maestro Libanio, «hubiera preferido al lecho de una diosa el placer de ver a lo lejos el humo de Atenas». La Atenas del siglo IV era sede de todas las opiniones, de todos los caracteres, de todas las posturas ante la vida: nada más desembarcar, el viajero se veía asaltado por estudiantes de los diversos maestros de sabiduría que allí tenían sus reales, pretendiendo casi por la fuerza afiliarse a su parroquia. Cínicos barbudos de basta túnica, estoicos altivos, abigarrados neoplatónicos, escépticos, dogmáticos, lógicos, retóricos... Aislados por los jirones de su prestigio, los atenienses se entregaban a una logomaquia sin final y sin esperanza. Reducto postrero de la controversia, oasis escéptico en el creciente imperio del dogmatismo... Allí se conservaba todavía el frenético caleidoscopio de todas las opiniones que el hombre había tenido sobre sí mismo y sobre el mundo, amontonadas en un desván de mitos, en un baratillo de hipótesis. Quizá el único ideal posible de libertad intelectual fuese vivir en aquella Atenas y cambiar diariamente de maestro —mejor, tener uno por la mañana y otro por la tarde... Allí conoció Juliano al retórico armenio Proairesio, de imponente figura, de quien se contaba que, puesto en el brete de improvisar un discurso sobre un dilema absurdo y obscuro, había compuesto uno de incomparable brillantez y, al llegar a la mitad de sus razonamientos, lo había repetido de nuevo, sin olvidar una coma, pero defendiendo el otro aspecto de la cuestión. También fue alumno del severo y taciturno Prisco, con quien estuvo en adelante estrechamente unido hasta su muerte. La sencillez de trato y su entusiasmo juvenil por la sabiduría hacían muy popular a Juliano por donde fuera; también hizo

muchos amigos entre los estudiantes atenienses con los que confraternizaba. Entre sus más íntimos había dos cristianos, Basilio de Cesarea y Gregorio de Nazianzo, que también iban a la fuente de la elocuencia griega, para ejercitarse en ella y utilizarla en defensa de su antihelénica causa. Si alguien quiere conocer el significado de la palabra «resentimiento», no tiene más que leer a Gregorio Nazianzeno; así describe a su compañero Juliano, que nunca tuvo para él más que gestos de amistad: «*Su indole canallesca se le reveló a los otros por la experiencia, cuando, con el poder, obtuvo licencia para hacer lo que quisiera; en cuanto a mí, la había previsto desde que le conocí en Atenas... Lo que hizo de mí un adivino fue la desigualdad de su carácter y los excesos de sus continuos transportes. Yo no auguraba nada bueno viendo su cuello en incesante movimiento, sus hombros oscilantes como platillos de una balanza, sus ojos agitados de exaltada mirada; su caminar incierto; una nariz que no respiraba más que insolencia y desdén, con la misma expresión en las risibles muecas del rostro. Una risa intemperante y convulsiva, agitaciones de cabeza asintiendo y negando sin razón, palabra vacilante y entrecortada como una respiración penosa, preguntas planteadas sin orden ni inteligencia y respuestas que se atropellaban unas a otras y se embarullaban como las de un hombre sin cultura*». Todo indica al maldito; quien traiciona al dogma, es borrado de la dignidad humana: si no se le puede suprimir físicamente, se negarán una a una todas sus cualidades... ¡Cuántas purgas totalitarias preludian los innobles trazos caricaturescos del Nazianzeno! De repente, un alarmante suceso vino a turbar el estudioso exilio de Juliano: el Emperador Constancio le llamaba a Milán. Juliano se despidió de Atenas y de sus amigos



UNA DE LAS MAS GRAVES CRISIS QUE SUFRIO EL IMPERIO DURANTE LA ETAPA ESTUDIANTIL DE JULIANO FUE LA PROTAGONIZADA POR MAGNENCIO, CUYO BUSTO CONTEMPLAMOS. PROCLAMADO EMPERADOR EN EL 350 POR UN GRUPO DE CONSPIRADORES, HIZO ASESINAR A CONSTANTE PERO FUE VENCIDO POR CONSTANCIO.

como si no hubiese de volver a verles, pues creía que, como a su hermano, le había llegado la hora de pagar su parentesco con el déspota. No fue así. Constancio le llamaba para nombrarle César, casarle con su hermana Helena y enviarle a las Galias, para representar al Emperador en aquella amenazada zona del mundo romano.

2. EL CESAR INVENCIBLE

¿Qué había decidido a Constancio a tomar esta decisión? Indudablemente, las incesantes pre-

siones de los Alamanes y otros pueblos no sometidos, que hostigaban a las provincias romanas de la Galia, imponían peligrosos cercos a algunas ciudades fronterizas y, a veces, hacían caer a las legiones en sangrientas emboscadas. Pero también la discreta insistencia de Eusebia, que siempre había confiado en Juliano y apreciado sus cualidades intelectuales, infrecuentes en un príncipe de sangre. De cualquier modo, los tiempos de recoleta entrega a la filosofía habían acabado definitivamente para Juliano. Tuvo que someterse a un entrenamiento militar intensivo,

que supliese su largo alejamiento de las armas y ejercicios corporales. Acompañado por su fiel amigo el médico Oribasio, por el cuestor Salustio y por una variada compañía de burócratas, todos ellos espías al servicio de Constancio, sin otra misión que darle parte de la menor sospecha sobre la conducta del nuevo César, Juliano partió para las Galias. Constancio le acompañó una pequeña parte del camino; se separaron en Pavia y ya no volvieron a verse jamás. El prefecto Florencio y el comandante supremo Marcelo eran las autoridades efectivas de las Galias; recibían sus órdenes directamente de Constancio y la amplitud de su jurisdicción dejaba reducido a Juliano a un cargo poco menos que decorativo. Pero si lo que se pretendía era hacerle pasar desapercibido, se había equivocado de medio a medio el camino para lograrlo. En el caso de Juliano, se puede hablar de una auténtica transfiguración: el príncipe libresco, más o menos místico, polemista arrebatado, cuya máxima ambición era pasear vestido con el sayal del cínico por las calles de Atenas, debe transformarse por exigencia del destino en un estratega romano en las inestables fronteras del Imperio. Allí, donde conquistaron gloria los Británicos y Germánicos de la historia de Roma, deberá hacerse valer el adorador de Helios. Y allí triunfó, de una manera que ni los más optimistas podían imaginar. No descenderé a narrar los detalles de las campañas de Juliano, pues pertenecen a un tipo de historia que no quiero hacer aquí. El que se interese por ellas, puede conocerlas en los vívidos relatos en que las describió Ammiano Marcelino. Pese a las cortapisas de todo orden que Florencio y Marcelo ponían a su gestión, pese a derrotas tan desastrosas como traiciones, tal como la del Conde Barbation, Juliano llevó a cabo campañas de una brillantez que le hace com-

parable a los grandes generales del Imperio en la época de esplendor. Destaca entre ellas la victoria en la batalla de Estrasburgo (Argentoratum, en 357) y la captura del cabecilla rebelde Chnodomar, con el consiguiente restablecimiento de la frontera del Rin. El mismo Juliano resumió así sus logros en las Galias: «*Siendo todavía César —se dirige a los Atenenses cuando ya era Emperador— atravesé tres veces el Rin e hice entregar por los bárbaros veinte mil prisioneros que estaban al otro lado del río. Dos batallas (la de Estrasburgo y la de Toxandria), seguidas de la toma de una fortaleza, me entregaron un millar de cautivos, capaces de servir y en la flor de la edad; he enviado a Constancio cuatro cohortes de infantes excelentes, otras tres más corrientes y dos escuadrones de jinetes escogidos; con la ayuda de los dioses, he vuelto a tomar ya todas nuestras ciudades y, no siendo aún más que César, había ya reconquistado casi cuarenta*».

Poco entusiasmo despertaban las noticias de estos triunfos en la corte imperial. Los informes que enviaban los espías de Constancio —como el siniestro Pablo «La Cadena», así apodado por su habilidad para urdir ristas de sospechas acusatorias— tendían a subrayar los aspectos que pudieran alarmar más a Constancio. Este trataba de disimular su agobio bajo la capa del desdén. Los cortesanos aduladores inventaban nombres denigrantes para Juliano: le llamaban «Victorinus» (algo así como «triunfadorcito»), cabra (por su barba), mono con púrpura, escritorzuelo griego frustrado, topo manchado de tinta, charlatán... Por otra parte, oficialmente Constancio tenía que mostrarse contento con los triunfos de su César, que constantemente le escribía cartas y panegíricos respetuosos y alabadores, como acompañamiento —y secreto contrapeso— de la noti-

cia de sus éxitos. Pero los cargos contra Juliano —ambición, deseo de convertirse en Augusto— iban tomando cuerpo en la mente recelosa del Emperador. Incluso Eusebia, favorable en tantos sentidos a Juliano, se sentía a su manera celosa de él: por medio de una comadrona sobornada, malogró el hijo de Juliano y Helena, que habría dado

al César ese continuador de los Flavios que ella no había podido parir. Entretanto, Juliano había establecido sus cuarteles de invierno en París. Vivía rodeado de un afecto creciente por parte de sus subordinados: los germanos, sobre todo los Petulantes, le adoraban como jefe victorioso, protector de sus tropas y poco despilfarrador de hombres;



POR CONSEJO DE SU ESPOSA EUSEBIA E INTERESES DE FAMILIA, EL EMPERADOR CONSTANCIO —EN LA IMAGEN— NO MANDO ASESINAR A JULIANO, COMO HIZO CON OTROS MIEMBROS DE LOS FLAVIOS. POR EL CONTRARIO, LE NOMBRO CÉSAR DE LAS GALIAS Y LE CASÓ CON SU HERMANA HELENA. JULIANO SUCEDERÍA A CONSTANCIO.

sus administrados civiles le agradecían sus reformas fiscales y la imparcialidad de su modo de ejercer la justicia. La amistad más valiosa para él, que hubo de serle inapreciable ayuda en sus campañas militares, fue la del cuestor Salustio. No sólo se trataba de un excelente soldado, sino también de un filósofo pagano cuya forma de pensar estaba hecha para agradar a Juliano. Salustio había escrito un pequeño tratado que es un auténtico catecismo del neopaganismo: «Sobre los dioses y el mundo», en el que acertaba a dar forma al pensamiento politeísta tardío con una concisión sintetizadora de la que el mismo Juliano nunca hubiera sido capaz.

En él se explica el papel simbólico de los mitos, las nociones de destino, virtud, mal, etc... Es clara la intención de aunar las discrepancias politeístas en una doctrina unitaria, cuya estabilidad pudiera dar adecuada réplica a la ideología cristiana. Todo esto ayudará a comprender el enorme enojo de Juliano cuando Constancio, haciendo caso de consejeros que no ignoraban lo que más podía dañar al César, reclamó a Salustio para que se presentase en la corte. Esto suponía dejar a Juliano sin su principal guía y apoyo, lo que fue un golpe definitivo en el agriamiento de las relaciones entre el Augusto y el César. Durante esos tres inviernos pasa-

dos en París, la actividad literaria de Juliano fue muy intensa. Además de leer a César, Plutarco y otros clásicos griegos, escribía incesantemente, sobre gramática, retórica, teología neoplatónica o arte militar. De vez en cuando, componía un elogio de Constancio o de Eusebia, destinados tanto a contrarrestar las murmuraciones sobre su fidelidad como a probar que había aprendido bien las lecciones de composición de Proairesis, que le hizo ejercitarse en los formalismos del género panegírico...

Finalmente, la largamente incubada tempestad estalló. El año 359, el rey Sapor de los persas



EL 3 DE NOVIEMBRE DEL AÑO 361, CONSTANCIO EXPIRA EN MOPSUCRENE, DESIGNANDO A JULIANO COMO SU SUCESOR. DE ESTE MODO, CON TREINTA AÑOS DE EDAD, EL ESTUDIANTE DE RETORICA, EL INICIADO DE MITRA, EL FILÓSOFO GUERRERO, SE CONVIERTE EN «TOTIUS ORBIS IMPERATOR». HE AQUÍ UNA DE LAS MONEDAS QUE, CON LA EFIGIE DE JULIANO, SE HAN PODIDO CONSERVAR.



DESDE SU PRIVILEGIADA POSICION DE EMPERADOR, JULIANO VA A INTENTAR REALIZAR SU AMBICIOSO SUEÑO: LA RESTAURACION DEL CULTO A LOS ANTIGUOS DIOS. A PESAR DE QUE TAMBIEN RESPETE SUS CELEBRACIONES, JULIANO HALLA EN LOS CRISTIANOS UNA COMPLETA HOSTILIDAD A SUS PROYECTOS. (REPRODUCIMOS UN CRISTO ROMANIZADO, MUESTRA DEL ARTE PALEOCRISTIANO).

conquistó la importante ciudad fronteriza de Amida, iniciando de nuevo las hostilidades. Constancio se preparó para salir en campaña contra él. Pasando por encima del victorioso Juliano, envió una orden a un subalterno de éste, Lupicino, en el sentido de que enviase desde las Galias algunas de las mejores tropas auxiliares, entre ellas los Petulantes y los Celtas, a fin de reforzar con ellas el ejército que preparaba en Oriente. El encargado

de llevar esta orden fue el tribuno Decentio. Estaba demasiado claro que uno de los objetivos que se buscaba con esta leva era debilitar la posición de Juliano, aún a riesgo de comprometer todas sus conquistas en las Galias. Pero además se iba en contra de los intereses de los auxiliares germanos, a los que se había prometido no llevar más allá de los Alpes y a los que ahora se quería embarcar en una campaña de incierto resultado,

lejos de sus hogares y mujeres. Al proclamarse las órdenes del Emperador, las tropas se amotinaron y acuden a su idolatrado Juliano para que impida su marcha. Resuena en París el grito sedicioso: **¡Viva Juliano Augusto!** Decentio, que en un primer momento ha tratado de forzar la situación, se ve obligado a ponerse en manos de Juliano. Por muy cautelosamente que quiera maniobrar éste, no tiene prácticamente otra opción que aceptar

encabezar la rebelión. Juliano habla a sus tropas y les promete que no tendrán que ir más allá de los Alpes, si no lo desean. Le vitorean, llamándole Augusto, y le alzan en triunfo en un escudo de infante, a la manera de los jefes bárbaros. Es la rebelión abierta, aunque Juliano sigue escribiendo a Constancio en tono conciliador y firmando sus cartas con el título de «César». Uno y otro saben que el choque es inevitable y comienzan a preparar sus tropas para el enfrentamiento. Juliano avanza rápidamente con sus tropas, cruza la Selva Negra, sigue hacia el Danubio, llegando en pocas jornadas hasta Sirmium, en lo que actualmente es Yugoslavia. Ante él se abre la amplia ruta de Oriente, el camino a Constantinopla. El choque parece inevitable, pero no va a producirse. Camino de Asia Menor, a donde va a reunir su ejército contra Sapor, Constancio se siente mortalmente enfermo. Se repite la agonía oriental de Constantino, bautizo incluido. El 3 de noviembre del año 361, Constancio expira en Mopsucrene. En su último momento de lucidez, designa sucesor a Juliano. De este modo el estudiante de retórica, el iniciado de Mitra, el filósofo guerrero, se convierte en «totius orbis imperator». Cuenta treinta años de edad y, desde su privilegiada posición, va a intentar realizar su ambicioso sueño: la restauración del culto a los antiguos dioses.

3. LA DERROTA DE HELIOS

El comienzo del reinado de Juliano se ve ensombrecido por los procesos del tribunal de Calcedonia, en el que se juzga a todos los delatores y enemigos que el príncipe había tenido en la corte de Constancio, junto con todos los que provocaron la muerte de su hermano Galo. En general, el proceso es justo y los condenados a muerte, como el siniestro

espiá Pablo «La Cadena», no son muy llorados. Sin embargo, la ejecución del antiguo ministro de finanzas Ursulo parece una decisión mucho menos justificada. En todo caso, Juliano no formaba parte del Tribunal, compuesto por los mejores de sus jefes y oficiales. Hay que destacar que las cuestiones religiosas no influyeron en el proceso y que, a fin de cuentas, como dice Bidez, «entre los personajes que condenó, los hagiógrafos no han encontrado mártires».

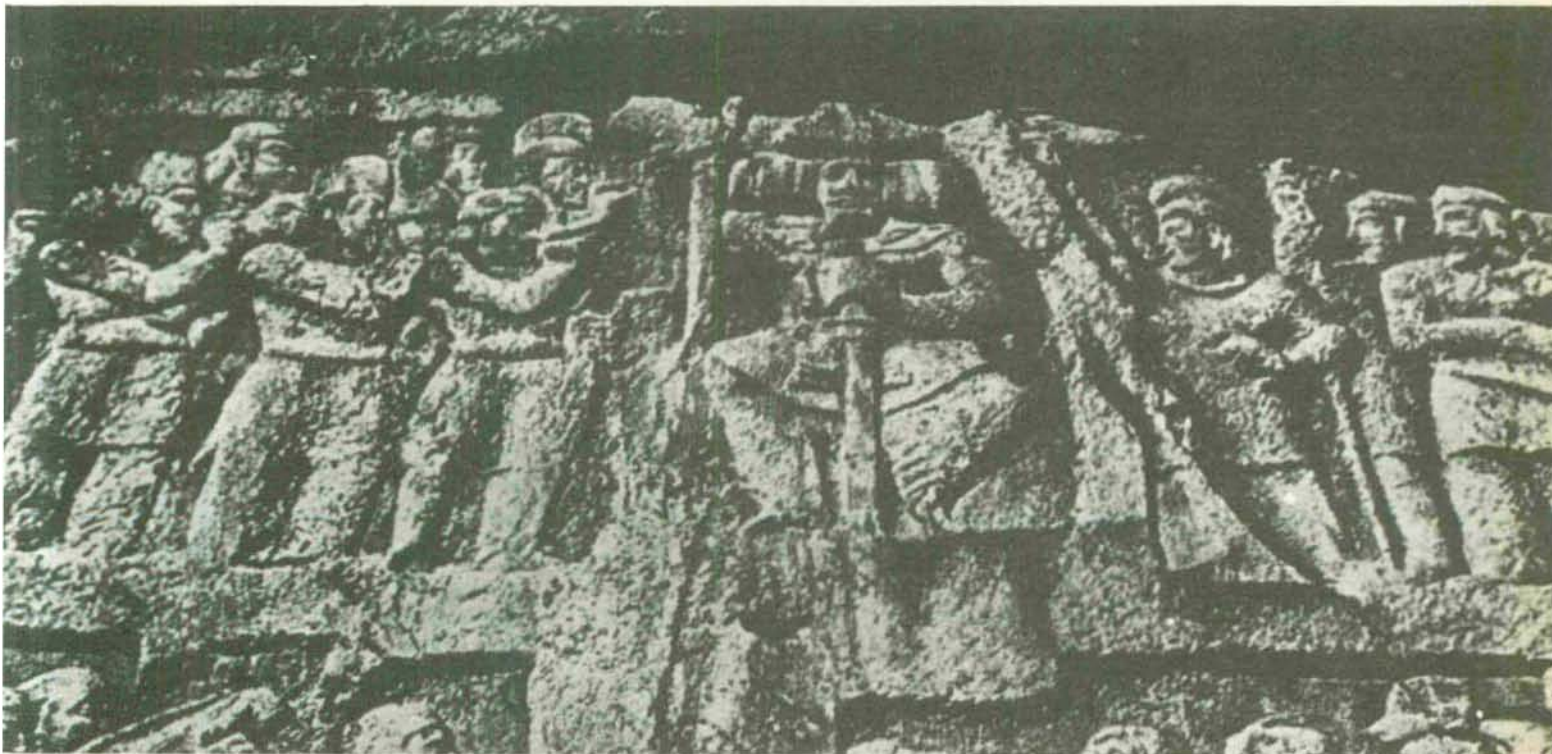
Constancio había prohibido bajo pena de muerte los sacrificios y había ordenado cerrar los santuarios. Los templos habían sido desafectados, sus altares derribados, sus riquezas saqueadas y los sacerdotes habían huido o caído en la miseria. Los primeros edictos de Juliano reimplantaron la más amplia y tolerante libertad religiosa. Esta libertad no sólo beneficiaba a los paganos, que ya podían celebrar sus cultos fuera de la clandestinidad: Juliano reunió a los obispos cristianos, les exhortó a que olvidaran sus rencillas y vivieran en concordia, llegando a liberar de la cárcel a muchos atanasianos encerrados por Constancio. Personalmente, él se entregó a la reimplantación de los cultos largo tiempo suspendidos, en su calidad de Pontífice Máximo, título que el Emperador siempre había conservado, incluso en los casos de Constantino y Constancio. Se dedicó a reabrir y acondicionar los templos de los dioses locales; efectivamente, Juliano, con certera visión advirtió que la base misma de la impiedad galilea era el carácter **abstracto** de su Dios, su inconcreto internacionalismo frente a los enraizados dioses de la tierra de los santuarios paganos. Al menos, los judíos respetaban al Dios de su pueblo, celosamente localizado en la geopolítica; en cambio, el Dios cristiano venía de ninguna parte y pretendía arraigar en todas: despreciador de la variable peculiaridad de la

materia, surgía del abstracto éxodo del ciudadano despersonalizado del Imperio supranacional. Había que volver a **fijar** los dioses, asignarlos a fuentes y a bosques, a templos inequívocamente individualizados, de características tradicionalmente propias. Por otra parte, Juliano se planteó la necesidad de unir el mito y el ritual, por medio del sacrificio perfectamente ejecutado. En efecto, la concepción excesivamente alegórica que el helenismo tardío se hacía de los mitos intelectualizaba demasiado la religión, haciéndola poco gratificante para el pueblo llano. Por eso se entregó, cada vez más furiosamente, pese a todas las cuchufletas que se hacían sobre él, a la celebración de sacrificios. Libanio nos dice que «su principal preocupación desde que se levantaba era comunicar con los dioses por medio de las víctimas»; él mismo oficiaba como sacrificador, lo que da lugar a Gregorio Nazianzeno para describirle «inclinado sobre el brasero, soplando con todos sus pulmones para atizar el fuego». Sobre la magnitud de estos sacrificios diremos que, según Ammiano Marcelino, en un sólo sacrificio inmoló cien bueyes, además de innumerable cantidad de corderos, cabras y aves de blanco plumaje, de mar y tierra. Si en una palabra se equivocaba o un gesto ocurría fuera de lugar, era preciso recomenzar el ceremonial desde el comienzo. Pero Juliano no era simplemente un reaccionario, que intentaba reconstruir el pasado sin cambios. Convencido de que la nueva situación creada por el advenimiento del cristianismo exigía planteamientos a la altura de la época, intentó modificar el politeísmo para purgarlo de aquellas debilidades suyas que beneficiaban a los galileos. Lo malo es que sus soluciones tenían tan en cuenta al enemigo que, en buena medida, eran su mismo espejo. Llevó su deseo de sincretismo hasta una espe-

cie de politeísmo «oficial», unificado, cuya cabeza visible era el Pontífice Máximo; tendió a pensar que sus interpretaciones simbólicas y moralizantes de los mitos eran de algún modo la verdadera «ortodoxia»; al querer purgar la religión de supersticiones indeseables, acabó con muchas de esas libres diferencias que son la virtud misma del politeísmo. Por otra parte, su idea de la virtud y la convivencia resultaron excesivamente similares a las de los cristianos, un poco al modo de esos ateos de la Institución Libre de Enseñanza que pretendían mostrarse más rigidamente cumplidores que ningún beato. Tomó severas disposiciones para conseguir que la conducta de los sacerdotes paganos fuera intachable, prohibiéndoles toda conversación o gesto lascivo, e incluso la lectura de comediógrafos frívolos. También insistió en la atención a los miseros: «*Pienso que lo que ha sucedido —dice— es que los pobres, descuidados por los sacerdotes (paganos), continuaron*

siendo rechazados y entonces los impíos galileos, pensando cuidadosamente este asunto, se consagraron a cierto tipo de filantropía y se esforzaron por cumplir la más abominable de las empresas (el ateísmo, el desprecio a los dioses), bajo la apariencia de prácticas caritativas». En lugar de cultivar exclusivamente la especificidad del paganismo, Juliano trató en cierto modo de batir a los cristianos en su mismo campo. Baste señalar en su disculpa que los cristianos habían tomado muchos de sus ideales de la cultura pagana, por lo que el desliz era casi inevitable. También Juliano se opuso a ciertas formas de filosofía cuyo nihilismo y desarraigado internacionalismo le parecían próximo al de los galileos: así los cínicos y algunas concepciones epicúreas. Hay que hacer notar que todas las disposiciones que tomaba Juliano iban acompañadas de amplios y razonados discursos, en los que el Emperador filósofo sentaba doctrina y refutaba los errores.

La llegada de Juliano al trono fue una verdadera revolución en la complicada corte instaurada por los Flavios. Despidió a los innumerables eunucos, peluqueros, chambelanes, cocineros, etc..., del ceremonial palaciego y redujo la servidumbre al mínimo imprescindible. La figura del emperador perdió su lejanía y dorado hieratismo, que Constancio había llevado hasta la neurrosis. Juliano impartía justicia diariamente con absoluta sencillez; Gregorio Nazianzeno, siempre tan «cariñoso» con su antiguo amigo, se burla de él, porque gritaba y se apasionaba «*como si tuviera que quejarse personalmente de las injusticias que atacaba*». Diversas reformas de los transportes públicos le valieron gran popularidad. Aunque mandó devolver a los templos lo que les pertenecía, salió al paso de diversos abusos de celo de paganos presurosos: «*Los dioses no son prestamistas sin entrañas; cuando lo que les es debido se les devuelve, no exigen que se estrangule al*



MOVIDO POR EL DESEO DE GANAR PRESTIGIO BELICO ANTE SU PUEBLO, JULIANO DECIDE LLEVAR A CABO UNA GIGANTESCA EMPRESA: LA TANTAS VECES INICIADA Y ABANDONADA CONQUISTA DE PERSIA, PARA PROSEGUIR DESPUES CON LA INDIA Y SOMETER A TODA ASIA. SAPOR II, REY DE PERSIA —AQUI REPRESENTADO EN SU TRONO—, ACABARIA POR DERROTARLE EN CTESIFONTE.



HERIDO DE MUERTE POR UNA LANZA QUE PENETRO EN SU COSTADO, JULIANO FALLECIA EL 26 DE JUNIO DEL 363, CERCA DE CTESIFONTE. «¡HELIOS, ME HAS PERDIDO!», FUERON SUS ULTIMAS PALABRAS, QUE UN SIGLO DESPUES TEODORETO TRANSFORMARIA EN EL «¡VENCISTE, GALILEO!» FALSAMENTE ATRIBUIDO A JULIANO, CUYO BUSTO APARECE DE NUEVO EN ESTA MEDALLA.

deudor.» En cierta forma, su tolerancia con las opuestas sectas cristianas no deja de ser interesante, pues, como recuerda Libanio, «*la experiencia le había enseñado que ninguna fiera es tan peligrosa para los hombres como los cristianos lo son para sus correligionarios.*» Soñaba con un politeísmo unido y fuerte, frente a un cristianismo dividido, exactamente lo opuesto a lo que había ocurrido en los últimos reinados. Llamó a su lado a su maestro Máximo de Efeso y a Prisco. Por lo que cuentan, Máximo se mostró menos insensible a las ventajas de su privilegiada posición de lo que hubiera sido esperable en un impasible sabio, aunque Juliano seguía tratándole con auténtica veneración. Este Emperador sin boato, intelectual, mucho más interesado en el establecimiento de una vida comunitaria justa y pia-

dosa que en conservar el poder, era una auténtica paradoja viviente para sus súbditos. Desde Marco Aurelio no se había visto cosa igual; pero habían pasado muchos años desde la muerte del Emperador estoico y las circunstancias habían variado mucho, para degradarse...

En su constante gira por el Imperio, rehabilitando templos y celebrando sacrificios, Juliano llega a Antioquía, llamada «*ornamento de Oriente*». El gran Libanio, aquel maestro cuyas clases seguía a escondidas en su época de estudiante, es encargado por la ciudad para salir a saludarle. Recibido entre el fasto y el júbilo popular, Juliano va pronto a vivir con claridad la contradicción toda de su situación. Los antioquenos no son el pueblo más adecuado para agradar a este príncipe austero y piadoso. Así los describió Renan: «*Alter-*

nativamente serviles e ingratos, cobardes e insolentes, los antioquenos eran el modelo acabado de plebe sin patria, sin nacionalidad, sin honor de familia, sin un nombre que guardar: populacho fútil, ligero, cambiante, dado a la algarada, a veces ingenioso, ocupado en canciones, en parodias, en bromas, en impertinencias de todo tipo.»

Habían sufrido recientemente una mala cosecha y se encontraban faltos de trigo y de carne. En un primer momento, el gusto ceremonial de Juliano les divirtió, aunque cualquier religiosidad les era perfectamente ajena; como tenían pasión por las fiestas y, dice Renan, «*el fanatismo de la orgía*», pronto Juliano se vio seguido hasta el pie de los altares por una caterva jaracandosa de prostitutas y efebos pintarrafeados. La soledad del esfuerzo religioso del Emperador

se hizo allí intolerablemente patente. Pero en seguida les fastidió la seriedad de Juliano y su derroche sacrificial: ¡no estaban los tiempos como para desperdiciar bueyes en los altares! Inventaron mil chistes sobre Juliano, sobre su barba y sus dedos manchados de tinta; le abuchearon en el teatro, donde se empeñaba en representar a Esquilo en lugar de Aristófanes. Para responder a sus epigramas, Juliano escribe un ingenioso opúsculo titulado «Misopogon», «el odiador de la barba»; en él, por una parte, se burla de sí mismo recogiendo todas las cuchufletas que sobre él corrían, pero aprovecha para recordar sus favores a los antioquenos y hacer un retrato de éstos francamente cruel. El escrito era demasiado insólito para ser apreciado; Jamás se había conciliado la majestad de la persona imoerial con la sátira y la autocensura. Se refuerza la opinión de la plebe de que se las ven con un imbécil y fantoche. Entre tanto, los conflictos con los cristianos comienzan a subir de punto. Juliano se encamina al templo de Apolo en Dafne, célebre por sus poderes adivinatorios; pero los oráculos de la fuente Castalia, que antaño habían profetizado a Adriano que sería Emperador, permanecieron tenazmente mudos. Indagando la posible causa de esto, Juliano se entera de que los cristianos han enterrado a uno de sus mártires junto a la fuente, profanando aquel terreno sagrado con una de sus capillas; naturalmente, manda que el santo galileo sea desenterrado y trasladado a otro lugar. Esta decisión amotina a los cristianos, que se llevan sus reliquias en una ominosa procesión, maldiciendo al apóstata con un versículo de los salmos: «¡Vergüenza y confusión a los adoradores de estatuas!» Pocos días después, durante la noche, el templo de **Apolo arde hasta los cimientos**. Los cristianos proclaman que el Abstracto Señor ha fulminado al

falso dios Sol; Juliano sospecha que los galileos han ayudado eficazmente a la realización de este milagro. Resultado: la catedral de Antioquía, recientemente inaugurada por Constancio, es cerrada al culto por orden imperial; algunos aprovechan para robar parte de su tesoro, por lo que serán después atrocemente castigados, según cuentan los hagiógrafos. Comienzan abiertamente las hostilidades: Atanasio regresa a Alejandría desde su exilio, tronando contra los paganos y arriscando a la población; Juliano vuelve a enviarle al desierto, a donde Atanasio se retira displicentemente, diciendo: «*Es sólo una nube que pasará pronto.*» En Frigia, en Cesárea de Capadocia, en Pesinunte, en Cyzico, los cristianos derriban los altares de los dioses y vejan a sus sacerdotes; Juliano responde con enérgicos edictos antigalileos. Prohíbe a los maestros de retórica que utilicen los textos de Homero, Hesiodo y otros autores paganos. Si desprecian a los dioses que les sirvieron de inspiración y centraron la incomparable cultura griega, que vuelvan a sus Mateos, Marcos y Pablos, que se resignen a su estilo ramplón... Algunos esforzados galileos se dedican a poner el Evangelio en verso épico; lo mejor que podemos decir de estos intentos es que se han perdido. Exhibidores vocacionales de la muerte, propagandistas del cadáver, los cristianos celebraban sus entierros de día, en contra de la secular costumbre romana que concede a la noche lo perteneciente a los dioses nocturnos; Juliano reimplantó de nuevo con todo su vigor la antigua disposición funeraria. Se trata de una persecución incruenta, administrativa, que no intenta más que responder a las provocaciones galileas y conceder a los dioses muchos que les es debido. Incansable, Juliano polemiza contra los cristianos, escribiendo tratados inspirados en Porfirio, parodiando el estilo de los apolo-

gistas. También escribe por esta época su discurso «Sobre los Césares», en el que pasa desabrida revista a todos sus antecesores en la púrpura; sólo se salva, como era previsible, Marco Aurelio. Pero el momento más célebre de la batalla entre el politeísta y los monoteístas —celebridad propiciada por el hecho de haber sido los cristianos quienes durante siglos monopolizaron la interpretación de este período— es el proyecto de Juliano de reconstruir el templo de Jerusalén. Llevado por su afán de derrotar al Dios Galileo en su propio terreno, Juliano ordenó reedificar el templo maldito por Jesús a no guardar piedra sobre piedra. ¡Grave error bajar a la arena del milagro frente al más consumado especialista en la materia! Corrimientos de tierra y bolas de fuego dispersan a los aterrorizados obreros: nadie puede ir **frontalmente** contra una profecía y más cuando ésta promete algo tan irrefutable como la ruina.

Oscuro o conscientemente, Juliano advierte que sus esfuerzos están fracasando. El pueblo, que aprecia sus reformas políticas y su estilo de gobierno, no secunda con excesivo interés su celo religioso. Acaso él esperaba una conversión en masa que no acaba de ocurrir. Hace falta que Helios obtenga un triunfo indiscutible, inapelable. ¿Dónde? En el terreno en que los dioses han sonreído a los romanos durante muchos siglos: en el campo de batalla. Juliano es el mejor general que ha habido en Roma desde la muerte de Trajano; él logrará llevar a cabo la tantas veces iniciada y abandonada conquista de Persia, someterá Asia, conquistará la India. Para mayor gloria de los dioses, él acabará la tarea del divino Alejandro. Los hados le favorecen: ¿acaso no le ha sido profetizado que morirá en Frigia? Ningún peligro le acecha, pues, mientras marche hacia Oriente. A su vuelta, el sagrado

orgullo de su tradición embargará de nuevo a todos los súbditos del Imperio. Reducidos a una secta mínima y absurda, los galileos perecerán víctimas de sus propias querellas intestinas. Prepara un incomparable ejército. Los cristianos, temerosos de verle nuevamente victorioso, tramam un complot, para apuñalarle que fracasa. Sapor II, aterrorizado también por estos preparativos, le escribe proponiéndole enviarle una embajada; Juliano rechaza la propuesta: *«Decidle a Sapor que no hacen falta embajadores; pronto tendrá que hablar conmigo en persona.»* El 13 de marzo del 363, el ejército de Juliano parte de Hierápolis. En su estado mayor van los filósofos Máximo y Prisco; el capitán Ammiano Marcelino, por cuya historia conocemos todos los detalles del reinado de Juliano; y, oculto su destino en la niebla del porvenir, los tres próximos emperadores: Joviano, Valente y Valentiniano. La expedición comienza como un paseo militar, jalonado de fáciles victorias. Se toman brillantemente diversas plazas fuertes. Poco a poco, el desierto enemigo se cierra tras Juliano. Pese a que todo marcha bien, los presagios de los oráculos son más y más amenazadores. Finalmente, Juliano llega al Tigris. En la otra orilla se alza la imponente Ctesifonte y allí le espera el generalísimo de Sapor, Surena, con su enorme ejército de elefantes y de carros. Para despistar a los persas, que le observan desde la orilla, sobre sus intenciones, Juliano organiza unas carreras de caballos y da un día de asueto al ejército. Pero esa noche las galeras romanas cruzan el Tigris y caen sobre el campamento de Surena. Es un momento de gloria, como los que conoció siendo César en las Galias. A la cabeza de sus Petulantes, Juliano diezma al ejército persa. Obtiene una gran victoria; si los soldados no se hubiesen detenido a saquear el campamento de Sure-

na, quizá esa misma noche Juliano hubiese tomado al asalto Ctesifonte. Helios ha llegado a su cenit; se acerca, inevitable, el ocaso. La situación de Juliano se revela como sumamente peligrosa. Reorganizados en la amurallada Ctesifonte, los persas hacen la plaza casi inexpugnable. Noticias alarmantes indican que el rey Sapor se aproxima con el grueso de su ejército y está ya a pocas jornadas. Es imposible avanzar a darle batalla dejando en retaguardia la plaza fuerte persa, pues siempre es posible una salida por sorpresa de sus defensores. No hay más remedio que retroceder, remontando el Tigris; quizá esto dé lugar a que lleguen las tropas de refresco de Procopio, a las que se espera desde hace muchos días. Es imposible intentar remolcar los mil cien navíos que llevan armamento y víveres, pues la corriente es muy fuerte y habría que separar veinte mil hombres del cuerpo del ejército. Antes de permitir que cayeran en manos de los persas, Juliano decide quemarlos y dedica este holocausto al Sol. Comienza a remontar el río; guías traidores le hacen perderse en sus meandros, mientras que las tropas de Procopio no aparecen por parte alguna. El 16 de junio, se avista en lejanía una gran polvareda; se especula sobre si serán caballos salvajes o los refuerzos esperados. Pero cuando se precisan las figuras, aparece el incabable ejército de Sapor II. Sin prisa, los persas hostigan a las tropas romanas en retirada por medio de ataques pequeños y rápidos. Juliano recorre el ejército de vanguardia a retaguardia, para evitar desórdenes. De pronto le sorprende una escaramuza, en la que se precipita tal como está, sin siquiera llevar cota de maila. Una lanza le penetra en el costado. Llevado a su tienda, pregunta cómo se llama la tierra en que están. Alguien le responde: *«Estos campos son llamados Frigia, Augusto.»* En-

tonces Juliano exclama, súbitamente descorazonado: *«¡Helios, me has perdido!»* El apóstata tuvo su pasión y su lanzada; ¡incluso las últimas palabras de desesperanza! Teodoreto, un siglo después, inventó el célebre grito de *«¡Venciste, Galileo!»*; también Gregorio Nazianzeno intentó humillar la muerte de Juliano, diciendo que la lanza asesina pertenecía a un bufón, incapaz de luchar, que seguía al ejército persa. No es improbable que fuese un soldado cristiano quien diese muerte al Augusto, tal como resuelve Gore Vidal en su novela. Los últimos momentos de su vida los pasó Juliano discutiendo sobre la inmortalidad del alma con Máximo y Prisco. Tenía treinta y dos años cuando murió; sólo había reinado veinte meses. Joviano, que fue nombrado emperador tras renunciar Salustio al trono, firmó una paz ruinosa con Sapor y retiró apresuradamente el ejército.

En su poema «La procesión», Cavafis describe la alegría de los antioqueños por la muerte de Juliano. Una gran procesión desfila por las calles de Antioquía, presidida por una Gran Cruz:

*«Es una fiesta anual cristiana.
Pero hoy, obsérvalo, más es-
[pléndidamente
se celebra
Ha nacido el Imperio, al fin.
El depravado, el espantoso Ju-
[liano ya no reina.
Por el piadoso Joviano
ofrezcamos nuestras oracio-
[nes.»*

Los amigos de Juliano fueron perseguidos; Máximo de Efeso fue ejecutado tras larga tortura, revelando entonces más firmeza que en la seductora Corte. El año 391, en el reinado de Teodosio, el Cristianismo se convirtió en religión del Estado; todos los templos paganos fueron cerrados y todos los cultos abolidos.

En los versos de Cavafis hay uno que revela su profunda comprensión de lo que estaba en juego: «*Ha nacido el Imperio, al fin.*» Efectivamente, era la burocrática abstracción imperial la que había destruido las comunidades religiosas regionales, preparando y requiriendo el advenimiento del Abstracto Señor. Como Emperador, Juliano estaba incapacitado para ser efectivamente piadoso, pues el Imperio y la piedad se excluyen. Aquí tampoco fue eficaz la «revolución desde arriba». El Imperio ha crecido y hoy es el Estado, que ocupa el mundo. Las transformaciones laicas del Abstracto Señor colaboran a que vuelva a hablarse de Juliano; es una figura simpática, aunque poco entendida. Cuando repasamos la historia de su vida, sus logros y su derrota, estamos a punto de exclamar, como el Satán de Milton: «*¡Oh, millares de espíritus inmortales! ¡Oh, potestades a las que sólo puede igualarse el Todopoderoso! Aquel combate no careció de gloria, por más que su resultado fuera desastroso, como lo atestiguan esta mansión y este terrible cambio, que me es odioso expresar. Pero ¿qué facultad de espíritu, aun la más conocedora del presente y del pasado, hubiera podido prever y temer que la fuerza unida de tantos dioses, y dioses como éstos, fuese rechazada?, y ¿quién puede creer, aun después de tal derrota, que todas estas legiones poderosas, con cuyo destierro ha quedado el cielo desierto, dejarán de alzarse de nuevo y de reconquistar la mansión donde han nacido?*» (The Lost Paradise). ■ F. S.



FIGURA SIMPÁTICA, AUNQUE POCO ENTENDIDA, JULIANO FUE UN VERDADERO HEROE, SANTO Y MARTIR EN DEFENSA DE SUS IDEAS. MONTAIGNE, VOLTAIRE, IBSEN, HAN ESCRITO —ENTRE OTROS— SOBRE EL; Y DIVERSOS ARTISTAS QUISIERON RECONSTRUIR SU IMAGEN, CASI PERDIDA, EN OBRAS COMO ESTA ESCULTURA DEL MUSEO DE CLUNY.